

Antonio de Undurraga

El desprecio por los intelectuales



AMOS a escribir estas líneas pensando en Chile, en los últimos diez años de su sociabilidad (es decir, el lapso 1943-1953). Si nuestro foco intelectual es adecuado para abarcar nuestro país, el cual en relación con varios pueblos de Occidente es sólo una provincia, sin duda que las conclusiones u observaciones tendrán un ámbito más vasto, semiuniversal.

Dice el Diccionario de la Academia: "Intelectual. (Del latín *intellectualis*.) adj. Perteneciente o relativo al entendimiento. || 2. Espiritual o sin cuerpo. || 3. Dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y letras. U. t. c. s." Pues bien, al sustantivo intelectual es al que nos referiremos. Y su sentido —a la luz del diccionario— no puede ser más claro. Sin embargo, nos hemos visto forzados a consultar este tratado ¿por qué? La razón es simple. En cierto sector político chileno, de filiación democrática, hace algunos años, se fundó un núcleo de intelectuales y, de inmediato, brotó la observación malevolente o rencorosa, de parte de los abogados (el que escribe estas líneas lo es), y de otros círculos de militantes que tenían títulos universitarios, en el sentido de que ellos también eran intelectuales y que, por lo tanto, no permitían este ilegítimo menoscabo. Fué, entonces, cuando abrimos el diccionario y meditamos en la objeción. A su vez, nos hicimos numerosas preguntas: ¿Aquellos titulados, trabajaban con ideas, realizaban con-

tinuas lecturas, entablaban diálogos para acrecentar su saber? ¿Aquellos titulados o doctorados, tenían verdaderos conocimientos científicos o estéticos? ¿Ejercitaban su imaginación? Y las respuestas fueron negativas. Sus bibliotecas eran escasas; los cuadros, ilustraciones y grabados que pendían de los muros de sus mansiones u oficinas eran, a menudo, vulgares y desprovistos de significación. Entonces, el corolario fué obvio: no eran intelectuales. El título universitario era en ellos sólo la patente para ejercer un oficio intelectual: interpretar la ley, combatir enfermedades, diseñar casas. Pero no eran intelectuales.

En un principio no pudimos comprender la objeción de los doctores universitarios contra los auténticos intelectuales, con título otorgado por la universidad o sin él. Simultáneamente, confundió nuestra modestia y honradez, un hecho simple: en torno al concepto de intelectual se allegaron otros conceptos burlescos o sarcásticos, con motivo de haberse fundado una cierta entidad de intelectuales para defender determinados valores del espíritu. Creímos que el sarcasmo o la burla podrían tener alguna justificación debido a la petulancia o aire de injusta superioridad adoptados por los fatuos o, simplemente, los menos cautos y prudentes. Asimismo, el no disimulado partidismo político de la entidad también pudo justificar estas situaciones que, en el fondo y en la forma, fueron irreverentes para la espiritualidad y el verdadero intelectual. Finalmente, no faltó el impostor que, a falta de todo título, optó por llamarse intelectual. He aquí al personaje grotesco y atrevido que vino a confundir, más que ninguno, los conceptos y los hechos.

Pero pasaron los años y al cumplirse un decenio, un grupo batallador y auténtico de escritores chilenos (a los que nadie podría negarles la calidad de intelectuales), hicieron un balance desolado: casi todas, por no decir, tan violentamente, todas sus aspiraciones de bien público por la cultura y la educación estética de Chile, habían caído en el más violento vacío, o habían sido dolosamente tergiversadas. Y para mejor comprensión vaya un ejemplo: la astucia del mal político, de inmediato, descubrió que la moción de

crear adictos culturales debía ser reemplazada por otra que produjese votos, y no mayor prestigio cultural para el país, y la torció hacia los adictos obreros; por otra parte, la astucia de ciertas damas, deseosas de obtener, a todo trance, una situación administrativa, para la cual no podían exhibir títulos claros, ni antecedentes válidos, las impulsó a presentarse como adictas, secretarias o consejeras culturales.

Al tener ante nuestros ojos esta jurisprudencia negativa, comprendimos que los que atacaron, desde un principio, al impostor que adoptó, a falta de otro, el título de intelectual, estuvieron en lo justo y oportuno, pero el espectacular vacío de todos los círculos hacia las mociones en favor de la cultura, y la persecución de que han sido víctimas, al quitárseles sus honestos medios de vida y sustento a auténticos intelectuales chilenos, en los últimos años y meses, es un claro signo del menosprecio que hoy impera por los intelectuales verdaderos.

Un ambiente tan insensible y refractario a las grandes mociones en favor de la cultura y la educación estética de la sociedad chilena, al fin, es el que nos ha dado la clave. Por ello, en un principio, nos fué imposible comprender las objeciones que se hacían en torno de la palabra intelectual, hasta el extremo que tuvimos que abrir el Diccionario de la Academia para cerciorarnos en qué lenguaje estábamos hablando. Pero, desgraciadamente, hay más observaciones.

En la jerga familiar y administrativa del Chile de hoy se habla del individuo que obtuvo una "pega", de fulano de tal que fué despojado de su pega. Y hemos abierto el diccionario para saber si el término está o no bien empleado en algún sentido que signifique cargo público. Sobre el vocablo dice así: "f. Acción de pegar o conglutinar una cosa con otra. || 2. Baño que se da con la pez a los vasos o vasijas; como son tinajas, ollas, cántaros, pellejos, etc. || 3. Rémora, 1.^a acep. || 4. fam. Chasco, 1.^a acep. Dícese más comúnmente de los que se dan en carnaval. || 5. Entre estudiantes, pregunta difícil de contestar en exámenes. || 6. fam. Zurra, 2.^a

acep. Le dió una pega de patadas. || 7. Min. Acción de pegar fuego a un barreno. || Saber uno a la pega. fr. fig. y fam. Imitar y seguir las malas costumbres y resabios de su mala educación o de su trata con malas compañías. || Ser uno de la pega, fr. fam. Pertenecer a cuadrilla de gente viciosa y estragada”.

En suma, obtener una pega —en lenguaje familiar y popular chileno— que equivale a ser designado funcionario público, no halla un encasillamiento claro... en el Diccionario de la Academia. Tal vez el vocablo tendría cierta afinidad con el || 4 de los indicados, en el sentido de simulación de un trabajo (como en un carnaval) que no hay el propósito de hacerlo; chasco para el fisco, simulación sin vuelta... juego... con los dineros del contribuyente.

Pero la devoción al espíritu, al arte, a las ideas, no es asunto de pega; el intelectual verdadero, si acepta un cargo público es para desempeñarlo, no para militar en un carnaval, ni para tomar parte en un grosero festival administrativo. Ahora bien, esta intrínseca y extrínseca seriedad del trabajo intelectual, y de la persona del intelectual mismo, no puede ser simpática a los malos ciudadanos que han hecho posible la institución nacional de la pega. Y, como era de esperarlo, sobre ellos, sobre los intelectuales, ha caído un sincero desprecio.

Durante la segunda guerra mundial también fué posible distinguir las actuaciones de los políticos que eran o no intelectuales. Los políticos intelectuales, verbigracia, entre los cuales se contó el Presidente F. D. Roosevelt, para salvar la estructura y el pensamiento democrático se vieron en la necesidad de escoger a uno de los totalitarismos en acción, y lo hicieron tomando en cuenta al más humano, al que no había hecho gala de desprecio máximo por la condición humana, hasta el extremo de fabricar jabones y pantallas con la grasa y la piel de los semitas sacrificados. Pero entre el político no intelectual fué fácil ubicar al que puso el grito en el cielo contra todos los totalitarismos, sin hacer la menor discriminación moral, pero que llegado el momento de obtener ganancias en

base a traspasar los bienes de los totalitarios en derrota, no tuvo ningún escrúpulo en no hacerlo.

Todas estas dilucidaciones son en extremo verídicas, pero cabe preguntarse ¿a qué se debe esta caída del espíritu, este desprecio por los intelectuales? Estimamos que las causas aparecen a fines del siglo diecinueve, cuando un nihilismo poderoso casi destruye el optimismo humano, y es una consecuencia directa de la crisis del espíritu religioso. La intensidad de las creencias religiosas se torna menor o incluso desaparece. La filosofía, por otra parte, bajo el lema del positivismo: "orden y progreso", avanza hacia planos materiales, cada día desprovistos de mayor vuelo metafísico. Finalmente, el marxismo, que constituye una arbitraria inversión de los valores creados por Hegel, y una serie de enunciados pretendidamente científicos, pero planteados con un fuerte y no disimulado rencor humano, son los elementos más inmediatos que han hecho posible este desprecio por el pensamiento y por los intelectuales.

Sólo se habla de confort, de bienes materiales, de sociologías peregrinas, del poder ilimitado de la técnica, pero la felicidad humana no se vislumbra; por el contrario, los ciudadanos no pueden viajar, ni cruzar las fronteras; no hay libertad para contraer matrimonio entre nacionalidades diversas; la imposibilidad de cambiar de oficio y los trabajos forzados asoman, a cada paso, su reja de cárcel; la policía secreta y los métodos para impedir la expansión de la personalidad humana son cada día más humillantes y abrumadores; hasta en las mismas democracias, ha aparecido la persecución por ideas.

En un país poco desarrollado (he aquí la frase materialista de moda) como Chile, se palpa con mayor facilidad el cariz grotesco que encierra el desprecio por el intelectual y sus trabajos. Ya dijimos que la faena intelectual tiene una seriedad indudable. Se precisa ser un filósofo u hombre de espíritu para darse cuenta del enorme esfuerzo que realiza un poeta, verbigracia, para dar conscientemente un salto creador, estilístico, si pretende, pongamos por caso, superar la escuela surrealista. Lecturas, meditaciones, experiencias,

desvelos, aprendizaje de idiomas extranjeros, son los heraldos negros y necesarios de todo buen parto intelectual. Pero cuando ya se tiene en las manos la criatura inmortal, los más sólo se han empobrecido. Por el contrario, cualquier pequeño burgués ahorrativo y sin preocupaciones en orden al entendimiento, en el mismo lapso, dedicado a faenas comerciales, políticas en que no se utilice la mente, o de otra índole, a veces ha levantado una fortuna, y es ante los ojos de las gentes empobrecidas y materialistas, el sabio, el verdadero triunfador. En suma, el hombre apto para ocupar puestos directivos y carteras ministeriales. Su escudo es brillante y simple: ha ganado dinero.

Sigue el desprecio por los intelectuales. Sigue la fe ciega en la técnica y el confort. Sin embargo, la población aumenta (como es el caso de Chile y otros pueblos), mucho más rápidamente que los bienes materiales para sustentarla. Se estima que sólo los bienes materiales pueden llevar alegría y paz al hombre. No se medita en las religiones, ni en el arte. No se piensa en una sana educación estética del niño y del adolescente en las escuelas y liceos. No se piensa en el sentido de que un pueblo en el cual sus intelectuales no pesan ni dirigen, es sólo un círculo de comerciantes, una mera expresión geográfica, una juventud desesperada en la pecha por el sustento que se traduce en cargo público, pero jamás una entidad cívica en ascenso y que conoce las verdaderas necesidades de su cuerpo y de su espíritu.